

en las manzanas y plaza de toros que circunvalaban la retaguardia del punto conquistado por los sitiadores. El general Ortega se habia propuesto defender las expresadas manzanas por espacio de treinta horas, para obligar á los contrarios á que las tomaran en columna cerrada con pérdidas considerables; pero los sitiadores que tenian necesidad de economizar pérdidas de gente, porque no era fácil reponer sus bajas cuando se hallaban á dos mil leguas de distancia de su país, se ciñeron á lanzar sus proyectiles sólidos y huecos sobre los defensores de la ciudad. Viendo el general Ortega que no se realizaba su deseo de que asaltasen las referidas manzanas y plaza de toros, que se hallaban intermedias entre el fuerte de San Javier y otra de las líneas de los sitiados perfectamente artillada, dispuso el 31 de Marzo que así aquellas como los redientes del fuerte Morelos se abandonasen antes de amanecer, desartillando los últimos á la una de la mañana, vaciando al mismo tiempo sus repuestos. Verificada la desocupacion de los referidos puntos, los franceses tomaron posesion al siguiente dia, de dos manzanas únicamente, sin ocupar las otras ni los redientes del fuerte de Morelos que estaban batidos por la segunda línea de los sitiados.

El general en jefe Don Jesús Gonzalez Ortega, viendo que no habian sido ocupados por los contrarios los referidos redientes, volvió á ocuparlos á las diez de la mañana del mismo 31 de Marzo, lo mismo que el resto de las manzanas, continuando sus fuegos sobre los sitiadores.

A fin de que el general Don Ignacio Comonfort que mandaba el ejército del centro que operaba fuera de la plaza, tuviera noticias exactas de todos los aconteci-

mientos que se verificaban en la ciudad, el general Don Jesús Gonzalez Ortega le escribia diariamente una ó mas cartas, recibiendo á su vez en las contestaciones de Comonfort, avisos de sumo interés.

El punto que ocupaba con sus tropas Comonfort, era el pueblo de San Martin, distante siete leguas de Puebla y veintiuna de Méjico. Su principal objeto, era introducir víveres á Puebla, y con el mismo objeto se hallaba situado en Atlixco el general Carbajal, con setecientos hombres.

Dueños los franceses del fuerte de San Javier, empezaron á hacer un nutrido fuego de rifle sobre las fuerzas situadas en la plaza de toros y manzanas de izquierda y derecha, á la vez que los incesantes disparos de las baterías colocadas en las paralelas. El jefe encargado de la defensa de ese punto era Rioseco, quien, lleno de valor, al frente de la primera brigada del general Negrete, llevaba tres dias de luchar sin descanso ni recibir relevo alguno de la plaza. Varias veces visitó á ese denodado militar el general en jefe para ver el estado en que se hallaba su tropa y los puntos que defendia, y siempre le encon-

1863.

Marzo.

tró, así como á otros muchos entre los cuales se contaba Herrera y Cairo, sereno y contento en medio de la muerte y del estrago que causaban los proyectiles sólidos y huecos que sin cesar arrojaban los contrarios. Uno de los oficiales que se hacia notable en aquel peligroso punto, como se habia hecho en todos en los que hasta entonces habia combatido, era el instruido y joven ingeniero Don Francisco Beltran, que en aquellos instantes puso Ortega bajo las órdenes de Rioseco. No

hay un solo militar de los que se hallaron en la defensa de la plaza de Puebla, que no elogie la actividad, el valor y la espontaneidad con que se presentaba en los sitios de mas peligro, sin orden de nadie muchas veces, del expresado oficial de ingenieros Don Francisco Beltran, á quien sus amigos llamaban, por cariño, *Quico*, que equivale á nuestro Paco en España. El militar, autor de las notas manuscritas puestas al parte del general Ortega, al hablar en una de ellas del brillante comportamiento del referido jóven en la defensa del combatido punto de la plaza de toros, dice: «Quico Beltran era el bravo oficial de ingenieros que sin orden de nadie se presentaba en todas partes, haciendo indicaciones útiles para el mejoramiento de las obras de defensa ó encargándose gustoso de las obras que le encomendaban.»

El valiente Rioseco y sus dignos compañeros no abandonaron la plaza de toros y las manzanas que el general en jefe habia encomendado á su defensa, sino cuando así convino al honor de la plaza, y cuando para ello recibieron las órdenes correspondientes del cuartel general.

El coronel Don Miguel Auza que se habia portado con admirable denuedo defendiendo las manzanas de la izquierda de Rioseco y los redientes de Morelos, sufriendo el mortífero fuego de la artillería sitiadora desde que esta empezó á batir el fuerte de San Javier, tampoco abandonó los referidos puntos sino cuando recibió tambien ordenes terminantes del cuartel general para que se retirara, lo que ejecutó con asombrosa calma y sangre fria.

En uno de esos dias escribió el general Don Jesús Gonzalez Ortega á Don Ignacio Comonfort una carta, propo-

niéndole un plan de campaña que, en su concepto, podría producir excelentes resultados. El plan era que Comonfort con su ejército del centro se situara en Santa Inés Zacatelco, al Norte de la ciudad, desde cuyo punto podia amagarse la línea de comunicacion que tenian establecida los sitiadores con Orizaba. Le decia además, que, colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que al brillar la luz primera del siguiente dia, se hallase sobre la línea de los sitiadores, que estaba entonces bien débil por San Pablo del Monte y San Aparicio; y que, dándole previamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrian de la plaza para hallarse á la misma hora, y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacáran simultáneamente los campamentos de que se componia aquella; lo que daria por resultado, en concepto suyo, su destruccion, y obligaria á los franceses á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas gruesos campamentos, lo que importaria un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza. (1)

El plan estaba perfectamente concebido, y es de creerse que hubiera producido brillantes resultados para el ejército liberal; pero los dias transcurrieron sin que Comonfort contestase á lo propuesto por Ortega, sin duda porque habia pedido instrucciones al gobierno relativas al proyecto para poder contestar, aconteciendo entre tanto la toma del fuerte de San Javier por los sitiadores.

(1) He seguido en esto exactamente lo que dice el general Ortega en su parte al gobierno.

Algunos dias despues de este suceso, recibió el general Ortega una carta de Don Ignacio Comonfort, en respuesta á la proposicion relativa al plan proyectado. En ella le decia, que para ejecutar el expresado plan, necesitaba que le proporcionase la plaza una fuerza de seis mil hombres. Con la carta de Comonfort recibió el general Ortega otra del presidente Don Benito Juarez, en la que le recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara á aquel la fuerza que le pedia. El general Ortega contestó á Comonfort diciéndole que no le seria posible obsequiar su deseo sin comprometer sériamente la defensa de la ciudad de Puebla, y escribió al mismo tiempo al presidente, manifestándole que, facilitar el número de tropas que el general del ejército del centro le pedia, «era tanto como obligarle á perder la plaza en unas cuantas horas, porque esta quedaria sumamente débil por todas partes, y mas cuando hasta entonces habia perdido ya como tres mil hombres de sus defensores.»

Comonfort contestó que quedaba convencido de la imposibilidad que habia de proporcionarle la fuerza que pedia, y el primer magistrado de la república Don Benito Juarez, en carta que dirigió al general Ortega con el carácter de confidencial, le decia; «que admitia por buenas sus razones, y, sobre todo, cuando él debia hacer lo que estimase por mas acertado, *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*» (1)

1863. Con el fin de reparar la pérdida del fuerte
Abril. de San Javier, el general Ortega hizo que se

(1) Está tomado del parte oficial de Ortega.

trabajase con la mayor actividad, en poner en estado imponente la segunda línea, que debia quedar formada entre el Carmen y Santanita, apoyando su izquierda en el primero de los fuertes referidos, y su derecha en el segundo. La manera dispuesta era la siguiente. Partiria el muro que la formaba, del Carmen, con frente á la llanura, hasta tocar á Santa Inés; seguiria por las manzanas del Pitimini, tocando á San Agustin; continuaria por las que se interponen en línea recta entre el citado ex-convento y el de la Merced, y seguiria finalmente desde este último punto, con direccion á la iglesia del Señor de los Trabajos y Santa Anita. (1)

Los trabajos se emprendieron con actividad y empeño, y la línea quedó terminada para poder resistir los ataques de los sitiadores.

El general D. Felipe Berriozabal, juzgando que la plaza tendria que sucumbir por mucho que se prolongase la defensa de ella, se presentó el dia 1.º de Abril al general en jefe Gonzalez Ortega, manifestándole lo conveniente que seria abandonar la plaza para salvar al cuerpo de ejército de Oriente, que así podria defender mas ventajosamente la causa que sostenia. La respuesta de Ortega fué, «que estaba resuelto á solo salvar el honor de las armas de la república, y, en consecuencia, que no abandonaria jamás la plaza, á menos de que una necesidad no viniera á justificar esa medida.» Poco despues, el general Paz le llegó á hablar en los mismos términos, diciéndole que tanto el señor Berriozabal como algunos otros de sus com-

(1) Parte general de Ortega

pañeros, le habian encomendado que interpusiera su influencia á fin de que se resolviese á dejar la ciudad, puesto que evitar la toma de ella seria imposible, y se alcanzase con lo primero mantener poderoso el cuerpo de ejército, que de otra manera tendria que sucumbir. La contestacion del general Ortega fué la misma que dió á Berriozabal, y no solo la aprobó el general Paz, sino que la elogió, agregando que él opinaba de la misma manera, y que al hablarle, no habia querido hacer otra cosa que cumplir leal y caballerosamente con su encargo.

En la noche del siguiente dia de la anterior conversacion, se presentó el general D. Ignacio la Llave en la habitacion del expresado general en jefe Ortega. Recibido afablemente por éste, le dijo aquel, que iba comisionado por algunos generales, con objeto de persuadirle que era útil y aun necesario abandonar la plaza, pues que rota la primera linea de ésta, ya no quedaba otro recurso para conservar al cuerpo de ejército de Oriente, el cual serviria un poco mas tarde de apoyo á las instituciones democráticas y á la defensa de la causa abrazada. Idéntica fué la respuesta que recibió la Llave á la que habian recibido los que le habian precedido en aquel asunto. A los argumentos expuestos por aquel, contestó Ortega con esta sencilla razon: «no se me ha encargado otra cosa que la defensa de la plaza, y en consecuencia la salvacion del honor de nuestras armas.»

Con efecto, el general en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega no habia recibido del gobierno mas instruccion y consigna que la siguiente: «Defienda á Puebla;» y en esas palabras, creyó ver el deseo de que defendiese la ciudad á to-

1863. do trance y de todas maneras, hasta vencer
Abril. Ó sucumbir con honra. Sin embargo, en vista de las advertencias de los que le habian presentado por conveniente á la causa el abandono de la plaza, y temiendo que hubiese interpretado mal las palabras del Gobierno, dirigió á éste, para eximirse de toda responsabilidad, un oficio, manifestándole lo que se solicitaba de él por algunos generales, y la contestacion que les habia dado, «creyendo, en su concepto, conveniente el sacrificio heroico del cuerpo de ejército de Oriente, siempre que la suerte no les fuera propicia, para salvar el decoro de las armas». La contestacion del ministro de la Guerra, en nombre del presidente D. Benito Juarez, fué aprobar la conducta del general en Jefe, diciéndole además: «que la mision que tenia que llenar el cuerpo de ejército que mandaba, era precisamente la misma que él habia creído.»

Tranquilo el general Ortega con esta contestacion del Gobierno, se propuso mas y mas llenar cumplidamente su programa de defensa, sosteniendo la ciudad hasta triunfar de los sitiadores ó perecer heroicamente. A nadie, sin embargo, comunicó aquella respuesta que le habia dado el ministro de la Guerra, en nombre del presidente D. Benito Juarez, para no herir susceptibilidades, así como para obrar con la prudencia y cordura que exigian las circunstancias, á fin de no crearse mas dificultades de las que naturalmente le presentaba la gravedad de la situacion en que se hallaba colocado.

A las ocho y media de la noche del 2 de Abril, la seccion del ejército francés que ocupaba el Hospicio, abrió con su artillería una brecha en el cuartel de San Marcos,

y lanzó por ella fuerzas respetables que consiguieron ocupar la mitad del patio del edificio, sosteniendo el resto de éstos sus defensores con heróico esfuerzo, haciendo un vivo fuego sobre los asaltantes. La brigada que llena de entusiasmo defendía la posición, se hallaba bajo las órdenes del general D. Porfirio Diaz, hombre de valor y altamente moderado, perteneciente á la division del general D. Felipe Berriozabal y encargado de la línea de vanguardia de San Agustin. Los asaltantes hicieron esfuerzos terribles por quedarse dueños del punto; pero viendo la resistencia tenaz que se les oponía, se volvieron á sus posiciones á las doce de la noche, dejando algunos muertos sobre el campo.

A las dos de la mañana del siguiente dia 3, otra fuerza francesa que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustin, se lanzó tambien por la brecha que le habia abierto su artillería en la manzana que mandaba el coronel Balcázar, á tomar la posición que éste defendía. Los asaltantes penetraron en una de las casas que los sitiados ocupaban, trabándose en ella un fuerte combate que duró hasta las tres de la mañana, en que los primeros se retiraron á sus posiciones despues de haber sufrido algunas pérdidas. En esta accion se portaron brillantemente no solo el coronel D. Miguel Balcázar con su 6.º batallon de Jalisco, sino el 1.º de Toluca y otros que entraron en la lid, distinguiéndose entre los que se hallaban al frente de las tropas, el general D. Porfirio Diaz, que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad. Tambien se portaron con notable bizarría, el teniente coronel del 4.º batallon D. Rafael Ballesteros, así como el comandante de

batallon D. Modesto Martinez y el capital D. Romualdo Zárate que, á pesar de ser heridos ambos, no se retiraron del sitio de la lucha hasta terminar esta.

1863

Abril.

A las cuatro de la mañana del siguiente dia 4 de Abril, los sitiadores empezaron á lanzar bombas y granadas sobre el convento de San Agustin, que era uno de los puntos de la línea, causando terribles estragos. Dos horas despues, la iglesia se vió envuelta en llamas, incendiada por los proyectiles huecos que habian caido en ella. En esos momentos mismos era tambien presa del fuego una casa particular, situada en el centro de la ciudad. Los franceses rompieron entonces un vivo fuego de cañon, intentando apoderarse de algunas manzanas, que fué contestado con no menos actividad por las baterías de la plaza, sin que los primeros lograsen su intento. Entretanto, el incendio continuaba sin que bastasen á contenerle todos los medios de que se echaron mano para ello. Lo que afortunadamente se consiguió fué que el fuego no se comunicara á la parte del convento que ocupaban parte de las tropas de la guarnicion ni á otros edificios próximos, no teniendo que lamentar, por lo mismo, desgracias personales. Entre los individuos que mas se distinguieron por su actividad y útiles servicios prestados para evitar que el fuego se propagase, fueron el coronel Fóster y el abogado D. Miguel Castellanos, auditor de Guerra del ejército, hombre de carácter apacible, pero sereno y valiente en el peligro, que se presentaba en todas partes á combatir con admirable denuedo, causando admiracion en la tropa su arrojo y su entusiasmo, sin que hiciera jamás ostentacion de su mérito.